

## 22 DE ENERO.

Conversion de M. Ratisbonne.—Relacion de M. de Bussières.

Ayer por la mañana, cuando estábamos tomando apresuradamente la *cioccolata*, para dirigirnos á Santa Inés *extra-muros*, vino la buena Mónica á anunciarnos con la alegría en su corazón la gran noticia que circulaba en Roma: *¡un ebreo convertido!* Un judío se ha convertido ayer; sí, ayer, en nuestra iglesia de San Andrés *delle Frate! Gesu mio! che bel miracolo!* ¡Jesus mio, qué bello milagro! No tuvimos tiempo para oír más.

En la tarde se promovió conversacion de esto en casa del cardenal Paeca; y por fin, hoy día 22 ya tengo todos los pormenores del grande acontecimiento. En el salón de la señora condesa K. . . . llegó el señor baron de Bussières, quién nos contó en círculo, lo que ha publicado despues. Voy á dejarle hablar á él mismo. “Refiero, nos dijo él, un hecho incontestable; digo lo que he visto con mis propios ojos, lo que pueden afirmar una multitud de testigos recomendables, lo que Estrasburgo no podrá creer, lo que Roma entera admira: un hombre en el pleno goce de todo su buen sentido, de toda la plenitud de sus facultades, entró á una iglesia judío obstinado, y por uno de esos golpes de la gracia que aterró á Saúl en el camino de Damasco, salió de allí diez minutos despues, católico de corazón y de voluntad. Alfonso Ratisbonne pertenece á una familia de Estrasburgo, distinguida por su posición y por la estimación de todos. Acababa de llegar á Nápoles, á fin de seguir hasta Oriente un viaje de salud y de placer. Estaba destinado á una brillante posición y se prometía consagrar todos sus esfuerzos á la regeneración de todos sus correli-

gionarios; á este objeto, referia todos sus pensamientos y todas sus esperanzas, porque se indignaba con todo lo que podía recordar la maldición que pesa sobre los descendientes de Jacob.

“Entretanto habia llegado el momento de partir para el Oriente; Ratisbonne salió una mañana para ir, sin pérdida de tiempo, á tomar su lugar en el vapor que debia conducirlo á Parma. En el camino piensa en que no ha visto á Roma, y en que á su vuelta es probable que no pueda volver á Italia. Absorto con estas reflexiones, se llegó á una oficina que es la de las diligencias; allí toma un asiento, y tres días despues está en Roma con ánimo de permanecer pocos días. Héle ahí visitando las ruinas, las galerías, las iglesias; amontonando como verdadero turista, las expediciones, las impresiones y los recuerdos confusos. Se da prisa á acabar con esta ciudad que ha venido á ver, no tanto por curiosidad, sino por cierta especie de atracción que él se explica mal.

“La víspera de su partida se presentó á hacer una visita de despedida á mi hermano. Gustavo mi hermano es protestante, muy celoso por la secta de los Pietistas, y muchas veces habia tratado de atraerse al jóven israelita: sus conversaciones acababan ordinariamente con dos palabras que traducian bien la situación moral de los dos interlocutores: *¡protestante obstinado!* decia el uno; *¡judío endurecido!* respondia el otro. Ratisbonne no encontró á mi hermano, que habia salido á caza; la Providencia permitió que se dirigiese á un criado italiano, que entendiéndole mal, le introdujo á mi salón. Hasta aquel momento no nos habiamos encontrado mas de una sola vez en casa de mi hermano, y á pesar de mi comedimiento con él, solo habia podido conseguir la fría urbanidad de un hombre bien educado. No obstante esto, le recibí lo mejor que pude; le hablé de

sus expediciones, y él me refirió lo que habia visto y sus impresiones.

“Me ha sucedido, añadió él, una cosa extraordinaria al visitar la iglesia de Ara-Cœli en el Capitolio; me sentí movido de una emoción profunda que no podia explicarme.” Parece que en el momento en que Ratisbonne me hacia esta confidencia, mis miradas, brillantes de alegría, le decian: *Tú serás de los nuestros;* porque él se apresuró á afirmar, con una intención muy marcada, que esta impresión habia sido puramente religiosa y de ningun modo cristiana. “Por otra parte, continuó él, al bajar del Capitolio, un espectáculo bien triste vino á encender todo mi odio contra el catolicismo; atravesé el Ghetto, y al ver la miseria y la degradación de los judíos, yo me decia que, ante todo, valia más estar del lado de los oprimidos que del de los opresores.” Nuestra conversación tendia á la discusión; yo trataba, en mi entretenimiento, de hacerle participar de mis convicciones católicas, y él, sonriéndose con esfuerzo, me contestaba, con una benévola compasión á mis supersticiones, *que él habia nacido judío y que moriria judío.*

“Entonces me vino la idea más extraordinaria, una idea del cielo, porque los sabios de la tierra la habrian tratado de locura.

“Supuesto que sois un espíritu tan fuerte y tan seguro de vos mismo, prometéme llevar siempre con vos lo que voy á daros.

—“Veamos ¿de qué se trata?

—“Simplemente de esta medalla.

“Y yo le enseñé una medalla milagrosa de la Virgen. El se hizo para atrás, con una mezcla de indignación y sorpresa.

“Pero, agregué yo, segun vuestro modo de ver las cosas, esto debe ser para vos perfectamente indiferente; y si lo haceis, con ello me dais un gran gusto.

—“Oh! qué importa, dijo él riendo; quiero al ménos probaros que sin razón se acusa á los judíos de obstinación y de imponderable necedad. Por otra parte, me dais con esto un hermoso capítulo para mis notas y mis impresiones de viaje.” Y seguia diciendo chanzas que me partian el corazón, porque para mí eran blasfemias.

“Entre tanto, le habia yo pasado por el cuello una cinta, en la cual, durante nuestro debate, habian suspendido mis pequeñas hijas la medalla bendita. Me quedaba por conseguir una cosa más difícil. Yo queria que rezara la invocación de San Bernardo *Memmorare*.... De pronto nada obtuve; se negó positivamente, con un tono que queria decir: Este hombre es á la verdad harto impertinente. Pero una fuerza interior me impulsaba á mí mismo, y yo luchaba contra sus negativas reiteradas con una especie de encarnizamiento, y le tendia la oración, suplicándole que la llevase consigo y que tuviera la bondad de copiarla, porque no tenia yo otro ejemplar.

“Entonces con un movimiento de mal humor y de ironía, y como para escaparse de mis instancias: “Sea, la escribiré; tendreis mi copia, y yo guardaré la vuestra;” y se retiró, murmurando muy bajo: “Hé ahí un original muy indiscreto. Yo quisiera saber lo que él diria si yo le atormentase así para hacerle rezar una de mis oraciones judías.”

M. de Bussières nos contó en seguida todos los esfuerzos que habia hecho para detener en Roma á su jóven judío, que estaba decidido á partir al día siguiente; que le habia comunicado á M. de La Ferronays las dificultades que presentaba esta conversión, y que M. de La Ferronays prometió rogar por él, y en la noche del 17 murió casi súbitamente, dejando á los amigos á quienes habia edificado durante sus últimos años, así como á la familia que

le lloraba, el ejemplo de sus virtudes y el consuelo de esperar que Dios no le había llamado á sí, sino porque estaba maduro para el cielo.

«En este tiempo, continuó M. de Bussières, Ratisbonne no daba un solo paso hácia la verdad; su voluntad había seguido la misma, su espíritu siempre burlon, sus pensamientos siempre adictos á las cosas de la tierra; tal era su situación moral el juéves 20 de Enero. A las doce del día entró al café de la plaza de España para leer allí los periódicos; se encontró con mi cuñado Edmundo Humann, habla con él de las noticias del día con un abandono y una ligereza que excluía la idea de toda preocupacion grave. Al salir del café, á las doce y media, encontró al señor baron Lotzbeek, su amigo de colegio; se entretuvo alegremente con él con las cosas más fútiles; habló del baile, de placeres, de la brillante fiesta dada por el príncipe T. . . . Indudablemente que si alguno le hubiese dicho en aquel momento: *Antes de dos horas seréis católico*, le hubiera creído loco.

«Era ya la una; yo iba á hacer algunos arreglos á San Andrés *delle Fratte*, para la ceremonia fúnebre del día siguiente. Encontré á Ratisbonne que bajaba la *Via Condotti*, y le comprometí á ir conmigo. Entramos á la Iglesia. Al ver los preparativos del servicio, me preguntó para qué estaban destinados:—Para un amigo que acabo de perder, para M. de La Ferronnays, á quien yo ama á con extremo.» Entónces se puso á pasearse en la nave; su mirada fría é indiferente, parecia decir: esta iglesia es fea. Le dejé del lado de la Epístola, y cerca de un pequeño espacio destinado á recibir el catafalco, y pasé al interior del convento porque tenia que hablar algunas palabras á uno de los religiosos para que se preparara una tribuna destinada á la familia del difunto; mi ausencia duró apenas diez ó doce minutos.

«Al volver á entrar á la iglesia, no percibí al punto á Ratisbonne; mas luego le descubro inmediatamente, arrodillado delante de la capilla de San Miguel, situada á la izquierda de la entrada. Me acerco, le toco tres ó cuatro veces ántes de que él se aperciba de mi presencia. Por fin, se vuelve á mí con el rostro bañado en lágrimas, junta sus manos y me dice con una expresion imposible de definir: «¡Oh, cuánto ha rogado aquel señor por mí!»

«Yo mismo estaba estupefacto de admiracion; yo sentia lo que se siente en presencia de un milagro. Levanto á Ratisbonne, lo guío, lo llevo, por decirlo así, fuera de la iglesia, le pregunto lo que tiene y á dónde quiere ir. «Llevadme á donde querais, exclama él; despues de lo que he visto, obedezco.» Le digo que se explique, y él no puede, su emocion es demasiado fuerte. Saca de su seno la medalla milagrosa, que cubre de besos y lágrimas. Le conduzco á su casa, y á pesar de mis reiteradas instancias, no pude conseguir de él más que exclamaciones mezcladas con sollozos. «¡Ah, qué feliz soy! ¡qué bueno es Dios! ¡qué plenitud de gracias y de dicha! ¡desgraciados los que nada saben! ¡ellos se quejarán de no conocerlas!» Luego prorrumpe en llanto, al pensar en los herejes y en los incrédulos. En fin, me pregunta si no está él loco. . . . «¡Oh, no! exclama él, estoy en mis sentidos; ¡Dios mio, Dios mio! yo no estoy loco; todo el mundo sabe bien que no estoy loco.»

«Cuándo comienza á calmarse aquella delirante emocion, Ratisbonne, con un semblante radioso, y yo diria trasfigurado, me estrecha entre sus brazos, me abraza, me pide que le lleve con un confesor, quiere saber cuándo podrá recibir el bautismo, sin el cual no podría vivir, suspira despues por la felicidad de los mártires, cuyos tormentos ha visto en las paredes de San Estéban el Redondo. Me declara

que no se explicará hasta despues de haber obtenido el permiso de un sacerdote. «Porque lo que tengo que decir, añadé él, no puedo decirlo sino de rodillas.» Le llevo inmediatamente al *Jesus* con el padre de Villefort, quien le dice que se explique.

«Entónces Ratisbonne saca su medalla, la abraza, nos la enseña, y exclama: *¡Yo la he visto! ¡yo la he visto!* y su emocion le domina todavía; mas recobra su calma y pudo expresarse. Hé aquí sus propias palabras:

«Yo estaba hacia un instante en la iglesia, cuando repentinamente me sentí movido de una turbacion inexplicable. Levanté los ojos, y todo el edificio había desaparecido á mi vista; una sola capilla había concentrado, por decirlo así, toda la luz: y en medio de aquella radiacion apareció en pié sobre el altar la Virgen María, brillante, llena de majestad y de dulzura, tal como está en mi medalla; una fuerza irresistible me arrastró hácia ella. La Virgen me hizo seña con la mano para que me arrodillase, y pareció que me decía: «Está bien.» Ella no me habló; pero yo entendí todo.»

Tal es la relacion de M. de Bussières; la acompañó con otros muchos pormenores que no refiero, porque han sido consignados en el opúsculo intitulado: *El Hijo de María*. Además, habremos de tener que hablar de M. Ratisbonne; una solemne ceremonia dará á conocer á todos al nuevo Saúl aterrado en la gran Roma y convertido de perseguidor en un vaso de eleccion destinado á enseñar el nombre del Señor, no á los gentiles, sino á los judíos sus hermanos. ¡Oh abismo de los arcanos de Dios! Aquel jóven de corazon ardiente medita la regeneracion de sus correligionarios, pero quiere regenerarlos á su modo; pues bien, su mision será la misma, pero la cumplirá en un sentido más eleva-

do, que él no conocia. Héle ahí católico, héle ahí miembro de una sociedad de Apóstoles; y ¿quién sabe si acaso ha sido elegido para acelerar el movimiento que, segun las profecías, debe llevar al rebaño del Salvador los restos de Israel y anunciar el fin de los tiempos? Mirad el horizonte; tal vereis pintarse en él más de un signo precursor de ese porvenir á la vez consolador y terrible. Adoremus, oremus y estemos listos.

### 23 DE ENERO.

Iglesia de San Andrés *delle Fratte*.—Recuerdo del cardenal Consalvi.—Reflexiones sobre las artes en Roma.—Conversacion de Canova con Napoleon.—Visita á los palacios y á las galerías particulares.—Palacio Barberini.—Palacio Borghese.

Satisfecho con la relacion de la vispera, fui á buena hora á celebrar el santo Sacrificio á la iglesia de San Andrés *delle Fratte*, en el altar mismo de la capilla en donde había tenido lugar el milagro. Yo me decía: No es ni un judío alemán, ni un judío inglés, sino un judío francés el que ha sido convertido. ¿Cómo no ver en esta circunstancia los designios eternos de Dios sobre el pueblo misionero?

Despues de la misa estudiamos de nuevo aquella iglesia, en otro tiempo gloriosamente histórica, y supe una particularidad que no carece de interes. El ilustre cardenal Consalvi, el amigo y el ministro de Pio VII, se había encontrado mezclado en todos los grandes negocios que habían llenado el reinado borrascoso del inmortal Pontífice. Los diferentes soberanos de la Europa, en testimonio de la alta estimacion que le profesaban, habían ofrecido al hábil diplomático una rica coleccion de preciosas cajas de polvos. La mas espléndida era la del concordato de 1801,

que costó 30,000 francos (6,000 pesos). El piadoso cardenal mandó en su testamento que se vendieran y se emplease una parte del producto en terminar las fachadas de muchas iglesias de Roma; de este número fué San Andrés *delle Fratte*. La otra mitad de la suma fué consagrada á levantar en la iglesia de San Pedro el mausoleo de Pio VII, su bienhechor. La iglesia de San Andrés, servida por Minimos, posee una rica capilla dedicada á San Francisco de Paula. Se ven allí *dos ángeles* del Bernino, y más abajo la muerte de *Santa Ana*, escultura muy notable de Pacetti. Los principales monumentos fúnebres son los del sabio Danois Zoega y del gracioso escultor prusiano Rodolfo Schadow. Sepulcros del Norte que prueban el indecible afecto de Roma y de la Italia hácia todos los amigos de las artes y de la antigüedad.

No solamente los cardenales y los papas, sino tambien las comunidades religiosas y los simples particulares, parecen rivalizar en celo por hacer de la ciudad eterna la galería, el museo, el salon de la Europa y del mundo. Este amor entusiasta á todas las obras maestras, por las cuales se revela el genio del hombre, es la gloria exclusiva de Roma cristiana; y además, el culto ardiente por la fe, uno de los más bellos florones de su corona. Ya los palacios pontificales nos habian enseñado sus incomparables riquezas; nosotros quisimos, á ejemplo de todos los viajeros, visitar las que embellecen las habitaciones particulares, y comenzamos una excursion puramente artística.

Con el instinto de que acabo de hablar, es fácil ver el pensamiento de la Providencia. Por una parte Dios ha querido que la señora de la fe fuese tambien la madre de las artes, con el fin de cerrar la boca de aquellos que se atreviesen á acusarla de enemiga de las luces; por otra,

es cierto que las obras maestras de pintura y de escultura parecen mejor colocadas en Roma, que en cualquiera otra ciudad. Un juez, á quien nadie intentará recusar, Canova, expresaba así esta verdad, demasiado desconocida. Napoleon le habia llamado á Paris para que hiciera el retrato de la emperatriz María Luisa. «Yo he venido por satisfacer á Su Majestad, y á fin de poder volver á Roma y emprender de nuevo mis trabajos.—Pero Paris es ahora la capital, dijo el emperador; es necesario que permanezcáis aquí, y en eso hareis bien.—Vos sois dueño de mi vida, Sire; pero si el emperador quiere que ella se emplee en servirle, es necesario que me conceda volver á Roma cuando haya terminado los trabajos á que he venido. Se me ha hablado de hacer el retrato de la emperatriz, y yo la representaré con los rasgos de la Concordia.»

El emperador se sonrió con benevolencia, y replicó: «Aquí está el centro, aquí están todas las obras maestras antiguas. No falta más que el Hércules Farnesio, que está en Nápoles; yo lo he reservado para mí.—Que Vuestra Majestad, replicó Canova, deje al ménos alguna cosa á la Italia: *los monumentos antiguos forman coleccion y cadena con una infinidad de otros que no se pueden trasladar ni de Roma, ni de Nápoles*. Por otra parte, el pueblo romano tiene un derecho sagrado á los monumentos descubiertos en las entrañas de las fundaciones de Roma: éste es un producto intrínsecamente unido al suelo, de tal modo, que ni las familias nobles, ni el papa Pio VII mismo, pueden vender ni enviar al exterior esta herencia del pueblo rey, esta recompensa dada por la victoria á sus ascendientes.—Os pregunto, ¿cómo es el aire de Roma? ¿era malo ó mal sano en los tiempos anteriores?—Yo recuerdo haber leído en Tácito, á propósito de la llegada de Vitelio, que muchos

soldados cayeron enfermos por haber dormido al aire en el Vaticano; 1 pero Roma tiene otros dolores, continuó el ilustre artista; esta capital está desolada desde la ausencia del Papa.—Sembrad algodón, replicó el emperador, haremos á Roma capital de Italia y la uniremos á Nápoles, ¿qué decís de eso? ¿Estareis contento?—Las artes podrian traer la prosperidad; la religion favorece las artes. Entre los Egipcios, los Griegos y los Romanos, Sire, solo la religion ha sostenido las artes. Los trabajos de los romanos llevan el sello de la religion católica romana. Esta saludable influencia sobre las artes aun las ha salvado de las depredaciones de los bárbaros. Todas las religiones son bienhechoras de las artes, pero la que con más particularidad y más magnificencia es su protectora y su madre, es la verdadera religion, nuestra religion católica romana. Los protestantes, Sire, se contentan con una simple capilla y una cruz, y no dan ocasion para fabricar bellos objetos de artes. Los edificios que ellos poseen han sido hechos por otros. «Tiene razon, los protestantes nada tienen de lo bello.» 2

Salimos de la Propaganda y llegamos en pocos minutos á la plaza *Barberini*. Ella ocupa, en parte, el sitio del circo de Flora, famoso por la abominacion de las fiestas que allí se celebraban por la noche, con antorchas, en honor de la cortesana divinizada. En el centro se levanta una hermosa fuente, formada de cuatro delfines que sostienen una gran concha abierta, de donde sale un triton que arroja el agua á una grande altura. La plaza debe su nombre al palacio *Barberini*, situado en uno de los lados. Abajo de la gran escalera se fija la atencion en un hermosísi-

1 Ne salutis quidem cura; infamibus Vaticani locis magna pars tetendit, unde cerebræ in vulgus mortes. Hist., lib. II, 97.

2 *Vida de Pio VII*, por M. Artaud, t. II, c. 22.

mo leon antiguo, engastado en la pared del segundo descanso. Se pasa de allí al salon, cuya bóveda ha sido pintada al fresco por Pedro de Cortona; esta obra pasa por la obra maestra de ese maestro poco estimado en nuestros dias. En la sala de los retratos teneis cinco obras del Ticiano; luego el *Cristo y la Magdalena* del Tintoreto, con un gracioso cuadrado de la Santa Virgen y del Niño Jesus, de Andrés del Sarto. Allí encontramos tambien una de las numerosas y tan notables composiciones de Gerardo de las *Noches*, el pintor del claro oscuro. El *Prendimiento de Nuestro Señor en el jardín de los Olivos*, causa ilusion por la verdad maravillosa del juego de la luz; podria llamarse el diorama en pleno dia. Más léjos está *Adán y Eva*, del Dominiquino; Dios llevado por un grupo de ángeles, reprocha á Adán su falta; éste, temblando y confuso, señala á su mujer, la cual señala á su vez á la serpiente. Entre muchos otros cuadros admira la patética cabeza de la desgraciada Beatriz *Cenci*, obra maestra del Guído. La historia refiere que el pintor la hizo de memoria, despues de haber visto á la jóven heroina subir al cadalso, en el momento en que decia al verdugo estas palabras tan fuertes y tan cristianas: «*Tú ligas mi cuerpo para el suplicio, y desatas mi alma para la inmortalidad. Tu leghi il corpo al supplicio, e sciogli l'anima allinmortalità.*» Estas obras y otras más todavía, de un gran mérito, tales como el *Dédalo* y el *Icaro*, del Guerichino, el *San Andrés Corsini*, del Guído, dan al palacio Barberini un lugar distinguido entre las galerías particulares de Roma.

Volviendo á pasar cerca de la villa Médicis, en otro tiempo la prision nada formidable de Galileo, y hoy la Academia de Francia, nos dirigimos al palacio Borghese. La virtud, la caridad, la fe viva, habitan aquella morada y la llenan con

sus obras maestras de la escultura antigua y de la pintura moderna. Las largas y brillantes fachadas de los edificios, el magnífico patio que las separa, todo anuncia verdaderamente una morada de príncipe. Este patio, de forma cuadrangular, está rodeado de pórticos, sostenidos por noventa y seis columnas de granito, de orden dórico en el piso bajo, y corintias en el piso superior; tal es el aspecto general del *Cimbalò Borghèse*.

La galería del palacio, la más bien puesta de Roma, cuenta mil setecientos cuadros originales. No pudiendo citar tantas obras maestras, citaremos solamente en la primera sala, la «Santa Virgen con el Niño Jesús», de Sasso Ferrato; la «Santísima Trinidad», de Leonardo Bassano. En la segunda sala, una «Magdalena» de Agustin Carracci; la «Santísima Virgen y el Niño Jesús», del Ticiano; la «Caza de Diana», obra maestra del Dominiquino, eternamente copiada. En la tercera, á «San Antonio de Padua», predicando á los pescados, que parecen estar atentos y profundamente conmovidos; este cuadro es de Paulo Veronés; á «San Juan Bautista en el desierto», del mismo. La cuarta sala presenta á la admiración á «San Juan Bautista», copiado de Rafael por Julio Romano; el «Descendimiento de la cruz», de Rafael; la famosa «Sibyla de Cúmas», del Dominiquino; y la «Visita-cion», de Rubens. La quinta, la «Samaritana», de Garofalo, y la «Vuelta del Hijo pródigo», primer modelo del Guerichino. La sexta, pinturas paganas y profanas que están léjos de espiritualizar el pensamiento; la séptima, espejos adornados con pinturas de Ciro Feri; la octava, cuatro cuadros de mosaico, de los cuales uno representa al papa Paulo V, de la familia Borghèse; la novena, la deliciosa «Vuelta del Hijo pródigo», del Ticiano; el «Descendimiento de la cruz», de Perugino; un

«César Borgia», maravillosa pintura de Rafael; la décima, una «Santa Virgen», de Perugino; una «Magdalena», de Andrés del Sarto; la undécima, «la Santa Familia», de Julio Romano, etc.; por todo, once salones llenos de obras maestras. Además, en aquella galería, como en las otras, el cristiano hace sus reservas, y haciéndole bajar los ojos la desnudez de las figuras, le obliga también á lamentar la invasión del sensualismo en el arte, desde la época del renacimiento.

Entre las antigüedades, se distinguían las estatuas colosales de Julia Pia, de Sabina y de Céres, y la soberbia urna de pórfido colocada en el centro de la segunda sala. Es de admirar que los príncipes de la familia Borghèse hayan podido formar semejante colección; además de su fortuna secular, les fué necesario ese amor ardiente por las artes, que nuestro siglo de agiotaje apenas podrá comprender, pero que caracteriza gloriosamente á los romanos.

#### 24 DE ENERO.

Palacio Ruspoli.—Escalera.—Palacio Chigi.—Galería.—Biblioteca.—Palacio Rospigliosi.—Aurora del Güido.—Busto de Scipion el Africano.—Iglesia de San Ignacio.—Sepulcro de San Luis Gonzaga.—Iglesia del Jesús.—Tumba de San Ignacio.—Baños de Nerón.—Palacio Madame.—Iglesia de San Eustáquio.

Bajamos al Corso y visitamos la bella iglesia de *San Carlos* de los Milanés, admirando sin reserva el cuadro del altar mayor. Sobre aquella tela, la más grande que animó su inmortal pincel, pintó Lebrun á San Carlos, presentado por la Santa Virgen á Nuestro Señor. Al pasar, echad una mirada al palacio *Ruspoli*. La escalera formada de 115 escalones, cada uno de un solo pedazo de mármol blanco, rivaliza con la del palacio Braschi, y ambos

tienen el primer lugar entre las obras de este género; en el piso bajo está el café más hermoso de Roma. El palacio Chigi, dá á la *Piazza Colona*; allí estuvimos algunos momentos. Esta soberbia morada, comenzada según los dibujos de Santiago de la Porte, y continuada por Carlos Maderna, fué acabada por Félix Della Greca; está todavía ocupada por la familia Chigi, que dió á la Iglesia al papa Alejandro VII. El primer piso presenta estatuas antiguas, cuyo mérito podría alabarse, si estuviesen más decentes. Vienen en seguida numerosas pinturas, entre las cuales se distingue la *Santa Cecilia* del Güido; la «Flagelación», del Guerichino; «Nuestro Señor arrojando á los vendedores del Templo», de Bassano; el «Ángel de la guarda», de Pedro de Cortona, y un medio perfil de «San Pedro», que se cree que es del Dominiquino. En los departamentos del príncipe, vimos muchos dibujos originales de Julio Romano, del Bernino, de Andrés Sacchi, conservados bajo cristales. A un lado está la biblioteca en donde se encuentra el curioso manuscrito del profeta Daniel según los Setenta.

Dejando la plaza Columna después de haber saludado de nuevo al grande Apóstol que la domina, tomamos rápidamente el Monte-Cavallo. A la izquierda de la Consulta, en el fondo de un gran patio, presenta el palacio *Rospigliosi* sus hermosas fachadas. Recuerda á tres cardenales célebres: al cardenal Scipion Borghèse, que lo comenzó según los dibujos de Flaminio Ponzio; al cardenal Bentivoglio, que lo adquirió, y por fin al cardenal Mazarino, que habiéndolo comprado bajo Luis XIII, lo mandó acabar por Carlos Maderna. Dividido hoy entre la noble familia Rospigliosi y el príncipe Pallavicini, rivaliza con los otros por las obras maestras que encierra. En el pabellón y á la izquierda, brilla sobre la bóveda del salón la famosa *Auro-*

*ra* del Güido, la obra más célebre de este gran maestro.

La diosa está representada sembrando flores, seguida de Fóstoro, que tiene una antorcha; luego el Sol, bajo la figura de Apolo sentado en un carro, arrastrado por cuatro corceles al frente, y rodeado de siete Ninfas que danzan al rededor del Padre de la luz. El mismo salón posee una estatua antigua de Diana y un caballo de bronce; pero el más notable carácter de antigüedad, es el busto de Scipion el Africano. Este se encuentra en una pieza vecina, con dos grandes cuadros, el uno del Dominiquino que representa á «Adán y Eva en el paraíso terrestre», y el otro de Luis Carracci, que representa á «Sansón haciendo crugir el templo de los Filisteos.» Las glorias del museo, son: un soberbio vaso de verde antiguo, un candelabro, diferentes estatuas y diez y ocho frescos hallados en las termas de Constantino.

Del Monte-Cavallo, se dirigió nuestra excursión hácia el palacio *Madama*. Como no teníamos que seguir ninguna línea recta, quisimos hacer una curva á la izquierda y visitar al paso las iglesias de San Ignacio y del Jesús. En 1626, el cardenal Lodovisi, sobrino de Gregorio XV, comenzó esa grande y bella iglesia, de la cual habia hecho el Dominiquino dos diferentes dibujos; el padre Grassi, jesuita, formó de uno y otro el que se adoptó. La iglesia es una cruz latina; el pórtico de travertino, se compone de una doble hilera de columnas de orden corintio y compuesto, y hace honor al cincel de Algardi. En cuanto á las pinturas de la bóveda, del corto, y del primer altar de la derecha, son del padre Pozzi, jesuita. En lo general, se encuentra allí algo de cargado, y de mal gusto en la ornamentación. Como quiera que sea, los altares del crucero son notables por sus mármoles preciosos y por sus columnas torcidas laminadas con ver-